

Contra los hechos

Los hechos no hablan por sí mismos: revelan su sentido cuando se inscriben en la interpretación adecuada

MANUEL CRUZ



De un tiempo a esta parte en el espacio público se habla mucho de la verdad, de la mentira, de los bulos y de otras categorías afines con una ingenuidad teórica ciertamente pasmosa. Hay mentiras flagrantes, claro está, al igual que hay verdades evidentes, pero entre ambas se extiende un vasto territorio en el que florece, e incluso abunda, la ambigüedad y la confusión, y por el que difícilmente puede orientarse el viajero que se adentre en él con un utillaje conceptual tan esquemático y pobre como el apuntado, que se remite a los hechos como la instancia última incontrovertible. Desde luego que si los hechos estuvieran ahí, disponibles en cualquier momento para verificar o refutar de manera concluyente e inequívoca cualquier afirmación, todo sería muy fácil.

Pero para constatar que la cosa no funciona así basta con pensar en situaciones tan normales como unas elecciones políticas. En ellas se supone que los hechos que finalmente nos deberían sacar de todo tipo de duda son los resultados finales, esto es, los datos que hacen públicos los organismos oficiales correspondientes. Sin embargo, cualquier ciudadano de este país ya se ha acostumbrado a lo que, de manera casi rutinaria, ocurre en las noches electorales, y es que a idénticos números los portavoces de las diferentes formaciones políticas les hacen decir cosas incluso radicalmente contrapuestas. Forzando tan solo un poco el lenguaje, podríamos llegar a afirmar que torturan a los pobres números hasta que estos acaban por confesar lo que el torturador (el portavoz del partido en cuestión) está esperando oír.

La clave del asunto descansa en el concepto de interpretación. Apenas nunca tenemos relación con unos presuntos hechos puros, acerca de cuyo sentido no quepa el menor debate, sino que los mismos cobran su sentido en el momento en el que los inscribimos en el marco interpretativo adecuado. Y son inadecuados aquellos marcos que, lejos de exponernos al riesgo de ser desautorizados por la realidad, se ponen al servicio de instancias ajenas al conocimiento como, en el ejemplo de las elecciones, el consuelo balsámico (habitual entre los derrotados). Así, por no esquivar lo más concreto, la valoración que desde la izquierda se hizo del resultado de dos de las tres últimas elecciones autonómicas, las de Extremadura y las de Aragón, valoración consistente, en lo sustancial, en celebrar el relativo fracaso del principal adversario de la derecha porque no hubiera alcanzado a cumplir sus expectativas, cuando la cosecha de votos propia había sido desastrosa, si a algo recordaba era a la fábula de Esopo, solo que con una modificación sustancial. En este caso los intérpretes parecían encantados de haberse quedado ciegos puesto que festejaban como una gran victoria que su adversario se hubiera quedado tuerto.

Todo es fragmento. En la ausencia de Martínez Valero

PASCUAL GARCÍA

Escritor

Era el escritor que utilizaba el trayecto más corto para llegar a la palabra poética y cruzar el misterio, y lo hacía con una elegancia poco usual



Se dice pronto, pero conozco a José Luis Martínez Valero hace más de cuarenta años, aunque yo ya lo conocía por sus escritos y lo admiraba por su claridad y por su corrección. Era el escritor que utilizaba el trayecto más corto para llegar a la palabra poética y cruzar el misterio, y lo hacía con una elegancia poco usual, la del hombre que no se da importancia y no mira al tendido, aunque tampoco es que se prodigara en elogios cuando le mostrabas una obra tuya. Era sobrio, equilibrado, a veces parecía frío, pero en las distancias cortas siempre era un amigo entrañable, un escritor clásico y un profesor con todas las herramientas para hacerse con una clase entera y salir triunfador, pues manejaba la palabra, tenía un excelente oído poético y siempre resultaba afable, con un fino sentido del humor que desplegaba a menudo en los momentos más tensos.

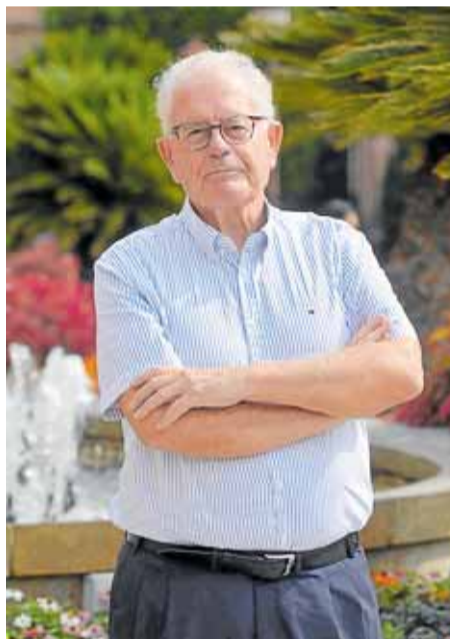
Cuando yo empezaba a hacer mis pinitos de poeta hace cuarenta años, sentía una admiración profunda por su dimensión poética y por su perfil profesoral, porque era un hombre de letras de cuerpo entero y no le faltaba personalidad literaria, acento poético ni voz propia. De hecho yo creo que, esté donde esté, seguirá escribiendo aquellos poemas de versos transparentes, de un clasicismo escueto y de inspiración humana que de un modo paradójico tanto nos sorprendían a sus lectores, tal vez porque venían de la misma entraña de la persona que observaba el mundo: «Todo es fragmento/ el día, la noche,/ este minuto y escribo».

Lo recuerdo asimismo en aquel viaje al Cortijo del Almendro en el Cabo de Gata, donde al parecer sucedieron los hechos reales de la tragedia que escribiera Federico García Lorca, 'Bodas de sangre', aunque hace de esto algunos años. Lo recuerdo divertido, con un fino sentido del humor, también recuerdo que era junio y que el sol nos hostigó durante todo el tiempo, que tuvimos que comprarnos un sombrero para cada uno, nos llevó en su coche el poeta Jesús Cánovas y nos acompañó el también poeta Antonio Marín Albalade. Asimismo recuerdo que comimos muy bien y que nos reímos mucho, de vez en cuando nos deteníamos en algún rincón y leíamos un fragmento de la obra de Lorca.

Regresamos a Murcia con el sol de la costa almeriense en nuestros ojos, el gusto de los versos del poeta inmortal de Granada y los gestos de amistad y complicidad literaria que prodigamos durante todo el día.

No he dejado de leerlo nunca, pero sobre todo me ha gustado en especial acudir a sus actos y escucharlo recitar o leer un texto cualquiera con esa perfecta dicción de profesor y de poeta, acompañado siempre de su fiel y querida Cati a la que desde esta columna le mando un cariñoso abrazo y toda la fuerza del mundo. Aunque a partir de ahora donde vaya ella, a los recitales y lecturas del Museo Ramón Gaya que tanto echamos de menos, por ejemplo, irá también la figura destacada, alta y de complexión fuerte, con la sonrisa eterna y el ademán de un hombre bueno que tuvo bastantes amigos, al que le recuerdan muchos antiguos alumnos con agrado mientras explicaba los temas de literatura en cualquier instituto de Murcia, porque un buen profesor de lengua y de literatura puede tener la fuerza misteriosa de un sacerdote y acercarnos al prodigio de la palabra.

José Luis Martínez Valero era además un hombre cabal, cercano y un buen poeta que nos mostraba en sus versos el misterio del mundo y de la vida. Al fin y al cabo, se trata de un descubridor de los secretos del alma, que cada día en el aula desde su lugar en la tarima y junto a la pizarra y muchas veces desde sus libros y sus aguafuertes (a los amigos solía mandarnos por navidad alguna de estas obras) nos mostraba su particular ventana al corazón humano.



NACHO GARCÍA

CARTAS AL DIRECTOR

La paz no puede depender del capricho del poder

El mundo asiste, una vez más, al fracaso de acuerdos que nacen sin convicción. Mientras tanto, los civiles pagan el precio de una paz que nunca llega a ser obligatoria. No es la tinta la que falla, ni la pluma que firma los acuerdos solemnes. No es la escenografía diplomática ni las palabras cuidadosamente elegidas ante los medios. Lo que fracasa, de manera reiterada, es la verdad que no habita en quienes dicen apostar por la paz.

Una y otra vez, los líderes se reúnen, negocian, firman treguas y proclaman el fin de la violencia. Pero apenas pasa el tiempo, el estruendo de las armas regresa con la misma crudeza. Y con él, las víctimas inocentes, las ciudades arrasadas, las vidas truncadas que nunca ocuparán titulares durante demasiado tiempo. No se trata de errores puntuales ni de malentendidos. Es, en demasiadas

ocasiones, una cuestión de intereses. Se firman acuerdos sin convicción, compromisos sin intención real de cumplimiento. La paz se utiliza como estrategia temporal, como gesto político, como herramienta de presión, pero no como objetivo firme e irrenunciable.

El resultado es devastador: una normalización progresiva del conflicto. La sociedad internacional observa, condena, debate... y finalmente se acostumbra. Y en ese acostumbrarse, se debilita la exigencia de soluciones reales. Es necesario señalar una verdad incómoda: la paz, hoy por hoy, sigue siendo opcional para quienes tienen el poder de imponerla. Y mientras lo sea, seguirá siendo frágil.

No basta con acuerdos simbólicos. No basta con declaraciones de buenas intenciones. Se requiere un compromiso internacional que no pueda ser bloqueado por intereses particulares, que no dependa de la voluntad cambiante de unos pocos, y que

establezca consecuencias reales para quienes incumplen.

No puede existir un sistema en el que se pueda impedir la paz. No puede haber impunidad para quienes prolongan los conflictos o se benefician de ellos. No puede seguir permitiéndose que la destrucción sea más fácil que la reconstrucción. Transformar la paz en una obligación, y no en una opción, es el verdadero desafío de nuestro tiempo. Porque mientras siga dependiendo del cálculo político, seguirá rompiéndose sobre las vidas de quienes nunca eligieron la guerra. Y entonces, cada nuevo acuerdo firmado será, simplemente, otra promesa condenada a repetirse.

CAYETANO PELÁEZ

El mal menor

Siempre que se acercan unas elecciones y los grandes partidos con sus seductores